



Escucho una sinfonía: Los muchos significados de la Palabra de Dios

POR SCOTT HAHN, PHD

¿Qué es la Palabra?

Podríamos responder a esa pregunta de muchas maneras, dependiendo del contexto en el que se pregunte. La “palabra” puede significar una noticia o un mensaje (“les traigo unas palabras de parte de . . .”). Puede significar una orden o instrucción (“éstas son sus palabras”), un compromiso que tenemos, o una promesa que hay que cumplir (“he dado mi palabra”). O puede referirse simplemente a la palabra como una unidad básica del lenguaje, como las pequeñas agrupaciones del alfabeto que conforman esta frase.

Hay muchas definiciones de “la Palabra” y no las reducimos demasiado aunque aclaremos que hablamos de la “Palabra de Dios”. En lenguaje religioso, incluso en la Biblia, “la Palabra” puede significar muchas cosas. Puede referirse a versiones sagradas de los significados ya mencionados — como cuando “la Palabra de Dios” significa un mensaje que se da a un profeta (ver Ez 15:1), o cuando algo sucede por obra de “la palabra del Señor” (ver Sal 32:6-9; Is 55:11)—.

En la predicación popular en los Estados Unidos, la frase significa normalmente una de dos cosas: la Palabra de Dios *escrita* —es decir, la Biblia— o la Palabra de Dios *encarnada* —Jesucristo—.

O podría significar ambas al mismo tiempo.

Incluso puede que nuestras palabras sobre la Palabra parezcan complicadas o contradictorias. Sin embargo, son importantes para nosotros, pues estamos hablando del amor, los mandatos, el mensaje y la mismísima persona del Dios que nos creó y que nos ha salvado.

¿Qué quiere decir la Iglesia cuando habla de la Palabra de Dios? ¿Y qué quiere decirnos Dios cuando habla de su Palabra?

Todos juntos ahora

Estas cuestiones de la “Palabra de Dios como sinfonía”.

Una sinfonía: Cuando pensamos sobre la Palabra de Dios en esta forma, entonces llegamos a entender la diversidad de significados de una forma diferente y mejor.

¿Qué es una sinfonía? Es una pieza de música escrita para que la toquen muchos instrumentos, todos “sonando a la vez” —eso es lo que significa la raíz griega *symphonia*—. En una sinfonía varios elementos se combinan al unísono y en armonía. Los instrumentos de viento, percusión y cuerda no son contradictorios sino complementarios. Se entremezclan para hacer música, una música que nos inspira a un amor grande, a la contemplación y a la acción.

Esta comparación de “la Palabra” con una sinfonía se hizo popular una generación atrás, alrededor de la época del Concilio Vaticano Segundo (1962-1965). En los años que siguieron al Vaticano II, un teólogo alemán llamado Joseph Ratzinger también usó la metáfora para explicar que la sinfonía de la fe es una “melodía compuesta de muchos acordes, aparentemente discordantes, en el diálogo a contrapunto entre la ley, los profetas, el Evangelio y los apóstoles”.² Aquel teólogo alemán, por supuesto, se convertiría un día en el hombre que convocó el sínodo en el 2008, el Papa Benedicto XVI.

Totalmente divina y totalmente humana

La Palabra de Dios resuena como una sinfonía. No tiene nada de monótono. Dios nos ha hablado “en distintas ocasiones y de muchas maneras” (Heb 1:1). Nos habla en las maravillas de la creación, pues él hizo el universo a través de su Palabra eterna (Jn 1:3). Nos habla en el relato escrito de creación y salvación que encontramos en la Biblia —en la ley, los profetas, el Evangelio y los apóstoles—.

Y sin embargo, todos esos acordes se armonizan perfectamente en la Palabra hecha carne, Jesucristo. El *Catecismo de la Iglesia Católica*³ repite a san Agustín cuando explica: “A través de todas las palabras de la Sagrada Escritura, Dios dice solamente una palabra, su Verbo único, en quien él se dice en plenitud” (no. 102). Jesús mismo es la Palabra de Dios revelada y él, a su vez, se ha revelado como el tema central de toda las Escrituras (ver Lc 24:27). Toda la Biblia versa sobre él, incluso las partes que fueron escritas muchos siglos antes de que él naciera. Es Jesús quien convierte la Biblia en un solo libro, e incluso en “una Palabra”.

Porque Jesús personifica verdadera, perfecta y completamente la Palabra de Dios. Eso es lo que queremos decir cuando hablamos de la verdad central de nuestra fe: la Encarnación. “Y aquel que es la Palabra se hizo hombre y habitó entre nosotros” (Jn 1:14).

En ese evento, Dios se comunicó por completo. Pero, incluso entonces, se comunicó con nosotros mediante palabras. Jesús habló, predicó, aconsejó, enseñó, rezó en voz alta, hizo preguntas, contó historias. Incluso trazó palabras en la arena. Hizo todo esto por nosotros, porque las palabras son algo normal para los humanos. Sin embargo, sus palabras son extraordinarias porque son revelatorias. Son palabras humanas que revelan la Palabra eterna de Dios. Son la Palabra de Dios en las palabras de los hombres, las mujeres y los niños.

Partiendo de esta premisa, el documento para el sínodo, nos anima a pensar en la “Palabra de Dios” con este “sentido análogo”. Podemos buscar relaciones de semejanza entre la Palabra inspirada (Sagrada Escritura) y la Palabra encarnada (Jesús).

Ambas son totalmente divinas y totalmente humanas. Jesús es verdadero Dios y verdadero hombre. Es coeterno con el Padre y, sin embargo, nació de la Virgen María. Santo Tomás de Aquino dijo que “la humanidad de Cristo es el instrumento de su divinidad”. Del mismo modo, las palabras en la Biblia son el instrumento de la Palabra de Dios. La Tradición habla de las Escrituras como “la Palabra de Dios en palabras de los hombres”. Pero tanto en la encarnación

• como en la inspiración el agente divino y el instrumento humano están unidos inseparablemente.

• En Jesús, la Palabra de Dios se hizo “hombre como nosotros en todo menos en el pecado” (Plegaria Eucarística IV).

• En la Escritura, la Palabra de Dios se expresa en términos humanos, pero sin las cualidades falibles que normalmente asociamos con la literatura humana. Está inspirada por Dios, Dios es su autor, y por eso Dios le ha dado una cierta autoridad. En las palabras de los *Lineamenta*, “a través del carisma de inspiración divina, los libros de la Sagrada Escritura tienen un poder de apelación directo y concreto que no poseen otros textos sobre asuntos sagrados”.

• Tanto la encarnación como la inspiración de la Palabra son misterios de revelación divina, que sólo se pueden conocer por la fe. Nunca podrían demostrarse por medio de la lógica o de la ciencia. No podríamos llegar a conocerlos si no fuera por la revelación divina y el don de la fe.

La Palabra en plenitud

• Nuestras Escrituras son tan importantes que a veces son presentadas, erróneamente, como el centro de nuestra religión. Algunos periodistas, e incluso algunos eruditos, caracterizan al cristianismo como la “religión del Libro”.

• Se trata de un malentendido. De hecho, el *Catecismo* rechaza explícitamente esa idea, al afirmar claramente que “la fe cristiana no es una ‘religión del Libro’”. Y continúa haciendo una distinción fundamental: “El cristianismo es la religión de la “Palabra” de Dios, “no de un verbo escrito y mudo, sino del Verbo encarnado y vivo” (no. 108).

• Nos encontramos no con letra muerta sino con una persona: la “Palabra de Dios. . . viva y eficaz” (Heb 4:12) No se trata de una palabra que podemos manipular ni torcer para que se adapte a nuestros caprichos. Es Jesucristo, que viene a nosotros con un poder temible sobre todos los elementos, sobre la vida y la muerte. “Sus ojos son como llamas de fuego y múltiples diademas adornan su cabeza. . . Va envuelto en un manto empapado en sangre y su nombre es Palabra de Dios” (Ap 19:12-13).

• En preparación para el sínodo del 2008, la Iglesia quiere asegurarse de que no nos equivoquemos. Nuestra religión no se puede reducir a las páginas impresas de nuestro libro sagrado. Los *Lineamenta* nos advierten que evitemos “aproximaciones erróneas o demasiado simplistas y cualquier ambigüedad”.

• Por el contrario, se nos invita a escuchar la Palabra de Dios en toda su riqueza sinfónica. La Palabra nos llega a través

de las Escrituras, es cierto, pero también a través de la vida y de la tradición sagrada de nuestra comunidad de fe. Así es como los primeros cristianos recibieron la Palabra de Dios. Ciertamente su fe no podía reducirse a un libro, porque todavía no existía un libro para que lo leyeran. Para ellos no había Nuevo Testamento, éste aún debía escribirse. De hecho, habrían de pasar siglos antes de que el Nuevo Testamento se publicara como un solo libro. Es más, muy pocos de aquellos primeros cristianos sabían leer lo suficiente como para estudiar siquiera el Antiguo Testamento, y muchos menos aún podían permitirse el lujo de tener libros en aquellos tiempos, mucho antes de que se inventara la imprenta.

Pero todos ellos, sin importar sus ingresos y habilidades, recibieron la Palabra de Dios viva en el corazón de la Iglesia. Recibieron la Palabra en su cuerpo vivo, que es la Iglesia. San Pablo deja en claro que el texto escrito era sólo una manera en la cual la Palabra vivía en la Iglesia. Él les dijo a los Tesalonicenses: “manténganse firmes y conserven la doctrina que les hemos enseñado de viva voz o por carta” (2 Tes 2:15). Así pues, para Pablo y quienes lo escucharon, la tradición y lo escuchado de viva voz tenían tanta autoridad como la Sagrada Escritura. La vida de la Iglesia era mucho más que el estudio de un libro. Era la vida que Cristo entregó a los Apóstoles, la fe viva de la Iglesia Católica.

De nuevo, vemos en el Nuevo Testamento cómo los Apóstoles dieron a la Iglesia cristiana mucho más que unos textos. Le dejaron rituales (ver 1 Cor 11:23); pronunciaron bendiciones (Hch 6:6); transmitieron autoridad (Hch 13:3); y curaron a los enfermos (Hch 28:8). El Concilio Vaticano Segundo, en la *Constitución Dogmática sobre la Divina Revelación (Dei Verbum)*⁴ habla de la plenitud de la vida cristiana —la plenitud de la tradición— la plenitud de esta sinfonía: “Ahora bien, lo que enseñaron los Apóstoles encierra todo lo necesario para que el Pueblo de Dios viva santamente y aumente su fe, y de esta forma la Iglesia, en su doctrina, en su vida y en su culto perpetúa y transmite a todas las generaciones todo lo que ella es, todo lo que cree” (no. 8).

Medios de comunicación de masas

Pero es justo que nos preguntemos: ¿cómo y dónde sucedió todo esto para aquellos primeros cristianos?

Hacemos la pregunta porque sabemos que la respuesta debe tener algún peso sobre la forma en que nosotros recibimos hoy la Palabra de Dios. El Nuevo Testamento deja claro que había, de hecho, un lugar donde la Iglesia se encontraba de forma ordinaria con la Palabra. Que había un lugar donde

• las Sagradas Escrituras eran proclamadas con regularidad y
• los ritos realizados en las formas acostumbradas. Existía un
• lugar donde los Apóstoles predicaban normalmente y donde
• la congregación leía las cartas apostólicas en voz alta.

• Ese lugar era la liturgia. En dos ocasiones en el segundo
• capítulo de los Hechos de los Apóstoles leemos sobre “la
• fracción del pan” como la actividad que distinguía a los cris-
• tianos: “todos los hermanos acudían asiduamente a escuchar
• las enseñanzas de los apóstoles, vivían en comunión fraterna
• y se congregaban para orar en común y celebrar la frac-
• ción del pan” (Hch 2:42). Este motivo se repite a menudo
• después y continúa a través de los documentos que sobrevi-
• ven de aquellos primeros siglos. La Iglesia primitiva era una
• Iglesia Eucarística.

• En el ritual del culto público de la Iglesia, los cristianos
• tenían un encuentro con la Palabra de Dios. No era algo
• simplista, era sinfónico. La gente recibía la Palabra de Dios
• presente en las Escrituras inspiradas, proclamada en las
• lecturas del Antiguo Testamento y del Nuevo. Recibía la
• Palabra en la predicación inspirada de los sacerdotes de Cristo.
• El pueblo recibía la Palabra de Dios presente en su cuerpo
• verdadero al recibir los elementos sacramentales. Recibían la
• Palabra de Dios en su cuerpo, la Iglesia congregada.

• De hecho, es por medio de la Palabra de Dios que el pan
• puede transformarse en la mismísima carne de Cristo, y que
• simples mortales son transformados en el cuerpo inmortal
• de Cristo.

• ¿Cómo es posible? ¿Cómo puede una Palabra poseer tal
• poder? Regresemos a nuestra analogía. La Palabra de Dios
• es como la nuestra en muchos sentidos. Es expresiva e infor-
• mativa. Pero la Palabra de Dios se diferencia de la nuestra
• porque es divina. Nuestras palabras simplemente repre-
• sentan cosas. Cuando hablo de rosas, puede que evoque
• un ramo en su imaginación, pero mis palabras carecen del
• poder de depositar ni siquiera un pétalo en su mano.

• La Palabra de Dios, en cambio, tiene el poder de efectuar
• lo que significa. Usted y yo escribimos palabras en un papel.
• Pero Dios escribe el mundo de la misma forma que nosotros
• escribimos palabras. Lo hace simplemente por el poder de su
• Palabra: “él lo mandó y existieron” (Sal 148:5).

• La Palabra en su plenitud es algo poderoso, temible. Pero
• ésa, también, es una cualidad de las grandes sinfonías. La
• quinta y la novena sinfonías de Beethoven estremecerán
• nuestras almas si se lo permitimos. Un gran compositor
• puede avivar las llamas del amor y del valor. Un gran
• compositor puede levantar a toda una nación con una

canción. Un gran compositor puede conducirnos a realizar grandes obras.

Pero todo eso no es nada comparado con lo que Dios quiere realizar a través de su Palabra. Dios quiere que seamos, en Cristo, una nueva creación. No sólo *escuchamos* la Palabra eterna, sino que por el Bautismo entramos en la vida misma de la Palabra eterna. Llegamos a “participar de la naturaleza divina” (2 P 1:4). Participamos en esta sinfonía no como espectadores u oyentes, sino como actores. La decimos, la rezamos, la meditamos. Hacemos nuestra la Palabra mediante nuestra participación plena, consciente y activa en la liturgia. Y entonces, llevamos esa Palabra al mundo. La Palabra nos hace suyos. Él nos da su cuerpo y su sangre para que sean nuestros.

Y esto, para que la vida maravillosa llena de temor de Dios no sea sólo algo “allá,” en el cielo. Sino que sea ya la vida que vivimos hoy como hijos de Dios. Pues la Palabra de Dios es, por naturaleza, el Hijo de Dios; y esa misma naturaleza es la que vino a compartir con nosotros a través de la Iglesia. Es su vida la que recibimos de la Iglesia, y su vida la que vivimos en la Iglesia, en toda su riqueza sinfónica.

• Déjala que te conmueva como ninguna sinfonía lo ha hecho
• antes. Deja que el tímpano resuene en tu corazón y te haga
• ponerte de pie en gloria y alabanza. Como Pablo, quiero
• contarte un misterio (1 Co 15:51) y, de hecho, muchos
• misterios al mismo tiempo, pues hay misterio suficiente para
• que todos lo posean y lo disfruten. Como dijo Sto. Tomás
• de Aquino, las Escrituras contienen “muchos sentidos bajo
• una letra”, para poder así adaptarse mejor a todo el espectro
• de dones intelectuales de la raza humana —“para que cada
• uno”, explicó, “pueda maravillarse de haber sido capaz de
• hallar en la Sagrada Escritura la verdad que ha concebido
• mentalmente”—.

• Es un misterio que las palabras humanas puedan estar inspi-
• radas de la forma en que lo están en las Sagradas Escrituras.
• Es un misterio que el Verbo de Dios pudiera encarnarse y
• habitar entre nosotros. Es un misterio que podamos tomar
• parte en una Palabra que es infinita y eterna, aunque sea-
• mos finitos y mortales.

• Pero ése es el misterio que Dios nos ha entregado. Es la
• Palabra de lo alto, pero es también la Palabra en la calle.
• Y en eso, en una Palabra, consiste la buena nueva.

• Scott Hahn, Ph.D.
• Presidente
• Saint Paul Center for Biblical Theology

1 En www.vatican.va/roman_curia/synod/documents/rc_synod_doc_20070427_lineamenta-xii-assembly_en.html.

2 Cardinal Joseph Ratzinger, *The Nature and Mission of Theology: Essays to Orient Theology in Today's Debates*, trans. Adrian Walker (San Francisco: Ignatius Press, 1995), 84. Versión del traductor.

3 *Catecismo de la Iglesia Católica* (2a ed.) (Washington, DC: Libreria Editrice Vaticana—Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos, 2001).

4 Concilio Vaticano II, *Constitución Dogmática sobre la Divina Revelación (Dei Verbum)*, en www.vatican.va.